

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Exposición de esta solemnidad y de la salutación angélica.

SUBDIVISIONES.—1. Fiesta de la Anunciación.—2. Salutación angélica.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Humildad de María en este misterio.

SUBDIVISIONES.—1.ª Prueba de humildad.—2.ª Prueba de humildad.—3.ª Prueba de humildad.—4.ª Prueba de humildad.

TERCERA CONSIDERACIÓN.—Obediencia de María en este misterio.

Dixit autem Maria ad Angelum: ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.

Dijo María al Ángel: Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

(Luc., I., 38.)

Feliz ha sido el resultado de la embajada más gloriosa, de la negociación más interesante para nosotros que jamás tuvo lugar! Trátase del negocio de todos los siglos, del negocio de todo el Universo, del gran negocio de la Redención del mundo, anunciada á tantos Patriarcas, predicha por tantos Profetas, esperada con ansia, solicitada con tantos ruegos; negocio resuelto, al fin, ajustado, concluido. María consiente en ser Madre de Dios, y á consecuencia de su consentimiento, el Verbo Divino toma carne en sus castísimas entrañas: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum.* Los votos de los Patriarcas son escuchados; los vaticinios de los Profetas reciben cumplimiento; las sombras desaparecen, y las figuras se realizan. El Mesías deseado con tanto ardor, prometido tan repetidas veces, figurado de tan diversos modos, empieza á dejarse ver. El Cielo y la tierra van á reconciliarse por medio del contrato eterno é indisoluble que Dios celebra con el hombre. ¿Qué es lo que ejecuta, lo que produce, lo que realiza todos esos prodigios? Dos solas frases de una tierna Virgen: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum;* frases sencillas en apariencia, pero omnipotentes y soberanamente eficaces en su misma sencillez.

Y ¿quién es, pregunta San Ambrosio, esa Sierva del Señor, que tiene en sus manos la suerte de todos los mortales? ¿Quién es esa Hija de Adán, que abre á su voluntad el Cielo? *Quæ est ista?* Vos-

otros, H. M., la conocéis. ¡Y con cuánto gozo! Esa Sierva del Señor es la Virgen, que en todos tiempos ha sido, después de Dios, el digno objeto de nuestro culto, de nuestra confianza y de nuestro amor; es la Virgen Santísima, que en la presente solemnidad se nos propone á todos como el más perfecto modelo de la más necesaria de las virtudes; de la virtud que sirve de fundamento á todas las demás, de la humildad cristiana. Es la Virgen, siempre grande delante de Dios y de los hombres, y pequeña á sus propios ojos, por la idea que de sí misma tiene; es la Virgen hecha fecunda por la virtud vivificante y casta del Espíritu Santo; que concibe en sus entrañas, más puras que los Cielos, á un Dios humillado y abatido, dando hoy un Salvador al mundo, un Redentor á los pecadores, un Reconciliador, un Pacificador á todo el Universo.

No separemos al Hijo de la Madre, juntando la Anunciación de María con la Encarnación del Verbo, supuesto que la Iglesia, al instituir esta festividad en honor de ambos misterios, determina honrarlos á la vez. Meditemos, pues, á un tiempo, en el doble misterio de inaudita grandeza y de inconcebible pequeñez donde se descubre el contraste entre la más sublime elevación y el más profundo abatimiento; la elevación de María al revestirse del carácter de Madre de Dios, y el abatimiento del Verbo al tomar la naturaleza humana. ¡Qué lecciones tan sublimes y divinas descubriremos para arreglar nuestra conducta en el examen de estos dos misterios!

PRIMERA CONSIDERACION.

EXPOSICIÓN DE ESTA SOLEMNIDAD Y DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA.

Como la dichosa nueva que el Ángel participa hoy á la Santísima Virgen es la señal primera y más sensible, el primer período, por decirlo así, de nuestra Religión, la Iglesia reúne todos los misterios que el suceso encierra, en el título de Anunciación de María Santísima. Habiendo llegado el momento designado desde la eternidad para la reconciliación de los hombres con Dios, el mismo Arcángel, que más de cuatrocientos años atrás había predicho al Profeta Daniel el acontecimiento de la muerte del Mesías, y seis meses antes fuera enviado por Dios al sacerdote Zacarías para anunciarle el nacimiento del que debía ser Precursor del mismo Mesías; el Arcángel San Gabriel, digo, fué enviado igualmente por Dios, á una Virgen llamada María, de la tribu de Judá y de real prosapia, como que descendía de David, para anunciarla ser ella la escogida para Madre del Verbo Encarnado. La fiesta de la Anunciación es tan antigua casi como la Iglesia, puesto que ya en los tiempos de San Agustín se celebraba el mismo día en que, con arreglo á una antigua y venerable

tradición, se cree fué concebido Jesucristo Verbo Eterno encarnado. El segundo Concilio de Toledo, en el año seiscientos cincuenta y seis, llama á la solemnidad de este día, fiesta por excelencia de la Madre de Dios: *Festum Sanctæ Virginis Genitricis Dei, festivitas Mariæ*. La razón que los Padres del Concilio alegan para dar á la fiesta de hoy ese título antonomástico, es que no puede celebrarse fiesta alguna más grande en honor de María, que la de la Encarnación del Verbo Divino, de quien se hace hoy Madre.

Cuando el Angel San Gabriel se presentó á María para anunciarla el misterio de la Encarnación, la dijo con profundo respeto: «Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo; Bendita eres entre todas las mujeres.» Una visita tan inesperada, y un razonamiento tan honorífico, turbaron á la Virgen; la cual sorprendida, entrecortada, no sabía qué pensar de lo que veía y escuchaba. El asombro apareció pintado en su semblante, tiñéndose súbitamente de rubor, indicio de su virtud. La primera causa de su turbación fué la presencia del Angel. El celestial parainfo había tomado figura humana, para dejarse ver de la Virgen. Y como no se presentó á Ella en sueños, sino visiblemente á sus ojos corporales, alarmóse la Virgen, y se asustó, á vista de una persona que no tenía costumbre de ver. Otro motivo de la turbación fué, dice San Agustín, lo que su humildad padeció con las alabanzas que el Angel la dirigía. Lo que la entrecortó, dice San Pedro Crisólogo, fué el lenguaje tan nuevo y sorprendente que empleó: *Quia venerat in sermone terribilis*. Pero bien mirado, ¿qué había de alarmante, de terrible y de asustador en las palabras del embajador divino? ¿Hubo en efecto otra cosa que elogios y alabanzas? El Angel empezó por manifestar á María que estaba llena de gracia delante de Dios, á cuyos ojos era la criatura más perfecta y agradable. Pero la humildad de la Virgen padece y la obliga á turbarse: *Turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio*. (LUC. I. 39). Notando el Angel la turbación de María, la tranquiliza, llamándola por su nombre. Era preciso calmar el ánimo agitado de la Virgen, á fin de ponerla en estado de recibir con claridad y libertad las impresiones divinas: *Ne timeas, Maria*. (IBID., I. 30). Depón todo temor, María, volvió á decirla el Angel; has hallado gracia delante del Señor: concebirás en tu seno, y darás á luz un Hijo, á quien pondrás por nombre Jesús: *Invenisti gratiam apud Deum, ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum*. El Hijo que darás al mundo, será hijo del Altísimo, y el Santo de los santos; será el Salvador anunciado por los Profetas, y reinará en la casa de Jacob con imperio que no tendrá fin. Estás asombrada, bien lo veo, de que se os dé parte en la ejecución de tan gran misterio; pero Dios se comunica á quien le place, siéndole posible todo: *Non erit impossibile apud Deum omne verbum*. (LUC. I. 37).

Las palabras del Angel, calmando la primer turbación de María, la ocasionaron otra mayor. ¿Cómo puede tener cumplimiento eso que me anunciáis, replica María, si estoy consagrada á Dios perpetua-

mente, habiéndole prometido con voto no contraer jamás vínculo alguno con hombre mortal? *¿Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* ¡Admirable contestación! ¡Sentimientos enteramente divinos! Nó, dice San Ambrosio, no es por desconfianza, ni por vana curiosidad, por lo que María hace semejante pregunta; sino porque estando consagrada con voto á Dios, quiere manifestar su irrevocable determinación, y el deber que, en su consecuencia, se había impuesto de ser fiel á su promesa; de ser tan fiel, que se hallaba resuelta á renunciar á la gloria que la resultaría de ser Madre de Dios, si esta gloria era incompatible con la gloria más grata para ella, de conservarse virgen.

Sabe y adora los designios de Dios, prosiguió el Arcángel, y entiende la grandeza de las maravillas que se ha propuesto obrar en favor tuyo, y para la salvación de los hombres: el Espíritu Santo bajará á ti, y la virtud del Altísimo te rodeará con su sombra; por eso el Santo que nazca de ti, será llamado Hijo de Dios: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* (LUC. I, 37), es decir: el Espíritu Santo bajará sobre ti, por una efusión extraordinaria y milagrosa de gracias, comunicándote una fecundidad del todo divina, para que puedas ser Madre, sin dejar de ser Virgen; y Dios, sobreponiéndose al orden regular, y á todas las leyes de la naturaleza, hará que triunfe en ti el orden sobrenatural y supremo de la gracia.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

HUMILDAD DE MARÍA EN ESTE MISTERIO.

He indicado ya que la turbación de María al escuchar las palabras del Angel, tuvo por causa principal más que la visita del enviado de Dios, las alabanzas que la dirigía. Esto nos manifiesta la profunda humildad de María Santísima. El hecho mismo puede servirnos de primera prueba; porque la Virgen, lejos de pararse en tales alabanzas revistiéndose de vanidad y de propia complacencia, se asusta, se pasma, señal indudable de que estaba profundamente convencida de su bajeza, tanto como de la grandeza de Dios. La Majestad del Altísimo, y el propio demérito, eran ideas que tenía siempre presentes, como lo dió á entender en el cántico de gracias que la Iglesia repite diariamente: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*. (LUC. I, 48).

Otra prueba de la humildad de la Virgen se descubre en el modo con que escuchó la gran noticia que el Angel le anunciaba. Siendo así que jamás se ha comunicado, ni comunicará nueva semejante á ninguna criatura, parece debió la Virgen recibirla con demostraciones más notables. ¿Por qué, pues, la Santísima Virgen no se entregó á un extraordinario júbilo, saliendo fuera de sí, al escuchar la comunicación del Angel? Porque demostraciones tan humanas habrían sido propias

de una persona menos humilde. María no mezcló sentimiento alguno egoísta, ni la menor idea de su propia elevación en el gozo puramente espiritual que experimentaba. Tan lejos estuvo de dar parte en él al amor propio, que en vez de gloriarse, se humilló más, á vista del inefable misterio que Dios iba á obrar en ella, y del cual se consideraba indigna.

Tercera prueba. La grande humildad de María se deja ver con toda claridad en las últimas palabras que dirigió á San Gabriel: «Hé aquí la esclava del Señor.» Oigamos con atención, dice San Bernardo, (*Sermón iv, dom. infra oct. Assumpt.*), lo que responde esa Virgen que, viéndose elegida para Madre de Dios, no se olvida de abajarse. Notad bien la humildad de María, dice San Ambrosio, (*Lib. II, in Luc. n. 16.*); observad cuidadosamente su piedad: es declarada Madre de Dios, y la Virgen no se da otro título que el de esclava. Ahora bien: al llamarse sierva, dió á entender que no tenía más parte en el misterio, que la que se le encargaba, no atribuyéndose ninguna de las prerrogativas ni la incomparable gracia que se la habían comunicado.

Todavía os voy á citar, A. O., otra prueba de la humildad de María; y es el absoluto silencio que guardó acerca del misterio de la encarnación; silencio que no quiso quebrantar, ni aun para descubrirlo á su mismo esposo San José. Semejante reserva no podía, en efecto, tener otro origen que su profunda humildad. Cualquiera otra mujer se habría creído obligada á publicar por el mundo la dichosa nueva de la venida del Mesías, y cuando menos, á consolar con ella á las personas virtuosas de su particular conocimiento, singularmente á su santo esposo, á quien debía un acto de confianza y de respeto; pero María, por no exponerse á sentir orgullo al referir las alabanzas y favores de que el Cielo la había colmado, no pensó en otra cosa que en bendecir al Señor, ocultando á los ojos de todo el mundo sus gloriosas prerrogativas.

La humildad de María es la verdadera causa y el principio de su elevación á la divina Maternidad. Sé bien, dice San Bernardo, que su virginidad inviolable, que su perfecta pureza, enamoraron al Rey de la gloria; pero no fué precisamente esta virtud la que le atrajo á sus castísimas entrañas. Los Angeles eran tan puros como la bienaventurada Virgen, y con todo, según el Apóstol nos enseña, no quiso unirse el Verbo á la angélica naturaleza; sólo á ti, humildad heroica de María, á ti solamente es á quien debe el privilegio de haber concebido al Hijo del Eterno Padre. Como un abismo llama á otro abismo, María, anonadada á sus propios ojos, nos trajo un Dios anonadado á los ojos de todo el universo. Sin la humildad no hubiera tenido por qué interesar María al Verbo Eterno, como nos lo da á entender bastante la parábola de las vírgenes necias. Mas no debe sorprendernos, añade San Fulgencio, porque la humildad es como la flor, el alma, el complemento, la virginidad misma de la virginidad: *Virginitas virginis una est humilitas.*

TERCERA CONSIDERACIÓN.

OBEDIENCIA DE MARÍA EN ESTE MISTERIO.

Hablemos ahora de la obediencia que María mostró en el misterio de que venimos tratando; obediencia ciega, y perfectamente sumisa. Cuando hubo oído al Angel aclarar las dificultades que la detenían, no replicó ya, ni dió á conocer irresolución ni inquietud de ninguna especie, limitándose á dar su consentimiento: Soy, dijo, la sierva del Señor, cúmplase en mí según tu palabra: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.* Y esto dicho, vuelve á su anterior silencio abandonándose enteramente á Dios, en cuanto á la ejecución de lo que acaba de anunciársele.

Luego que María hubo pronunciado esta salvadora frase, descendió á ella el Espíritu Santo, y por medio de un milagro incomprensible, formó de la más pura sangre de María el cuerpo perfectísimo del Hombre-Dios. Al mismo tiempo crió el Omnipotente un alma, igualmente perfecta, que unió al mismo cuerpo. El Verbo Eterno, apropiándose en el acto esta alma y cuerpo, formó una unión enteramente divina, en virtud de la cual, Dios es Hombre, el Hombre es Dios, y una Virgen es Madre. A esta divina alianza se debe que la Santa Humanidad haga con el Verbo una sola persona, aunque con dos naturalezas, una divina y otra humana; un Jesucristo, verdadero Dios, y verdadero Hombre, todo junto; el único *Emmanuel*, Dios con nosotros: *Emmanuel, nobiscum Deus* (Is., VII, 14). Así se cumplió en la plenitud de los tiempos este inefable misterio, obra de lo Alto, admiración de los Angeles; el misterio de la redención del hombre, prodigio inenarrable de la sabiduría, de la bondad, de la omnipotencia de Dios: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* (JOAN., I, 14).

1.º De todo lo dicho se desprende, A. H., que debemos en la festividad presente, adorar á Jesucristo en su abatimiento, y darle gracias por haberse hecho hombre, á fin de rescatarnos.

San Pablo da mucha importancia, y con razón, al hecho de *habernos hablado Dios por su Hijo, después de haber hablado á nuestros padres por los Profetas.* ¿Y quién es ese Hijo de Dios? El que está sobre todos los Angeles del Cielo. Porque ¿á cuál de los Angeles ha dicho Dios nunca «tú eres mi hijo, yo te engendré hoy, *filius meus es tu, ego hodie genui te?*» Aquel que Dios nos ha dado en el misterio de este día, es el mismo á quien todos los Angeles adoran, aquel cuyo trono es eterno, y en el que está sentado á la diestra del Padre, rodeado de Angeles que se apresuran á servirle. ¡Grande é inestimable es el presente que Dios nos hace en la Encarnación; juzguemos por su precio, el amor que nos tiene, y hasta donde debe llegar nuestra correspondencia!

Pero no hemos de pararnos aquí. El Hijo de Dios, no sólo se ha dado á nosotros, sinó que por nosotros también se ha anonadado, en cierto modo, á sí mismo. ¡A qué abatimiento tan profundo no ha querido reducirse! Un Dios se ha hecho Hombre; un Dios se ha convertido en niño; un Dios no ha tenido repugnancia en encerrarse en el seno de una Virgen; un Dios, que es la majestad, la grandeza misma, toma la forma de esclavo; un Dios, que es la Santidad por esencia, se reviste de la cualidad de pecador, cargando sobre sí el peso de los pecados de los hombres y el peso de toda la cólera divina. ¿Qué sumisión no le deberemos por tan prodigioso abatimiento? ¡Cuánto amor, cuán afectuoso agradecimiento habremos de profesarle, por los inmensos bienes, por las abundantes gracias que viene á traer al mundo!

2.º Hemos de honrar á María como Madre de Dios, invocarla como Madre de los hombres, é imitarla como ejemplar y modelo de virtudes.

El Angel Gabriel honró á María, porque había de ser Madre de Dios; Santa Isabel la honró como Madre de Jesús. Jesús la honró asimismo sometiéndose á ella; los Apóstoles la honraron igualmente, como á la Madre de su Maestro. ¡De quiénes sinó de todos ellos, hemos aprendido nosotros, dice San Bernardo (*Serm. de laudib. Virg.*) á honrar á María Santísima como Madre de nuestro Salvador? Los Apóstoles, dice San Cirilo de Alejandría (*Serm. de Virg. contra Nestor.*) os colmaron, ¡oh Virgen Santísima! de alabanzas, que han sido publicadas por toda la tierra. Jesús la dejó á San Juan, para que la hubiese en lugar de Madre (JOAN. XIX, 27). ¿Quién puede dudar, pues, que el discípulo amado la tributaría el honor, los respetos y los oficios que una buena madre tiene derecho á esperar de un buen hijo? Creo poder dejar sentada, de una manera incontrovertible, la obligación en que estamos de honrar á María, porque es Madre de Dios.

Pero también debemos invocarla como Madre de los hombres, con toda la confianza que es capaz de inspirarnos su poder y su bondad. Si Jesucristo, observa San Ambrosio, se complace en mirar como hermanos suyos á los hombres, ¿qué razón hay para que la Madre de Jesucristo se niegue á mirarlos como hijos suyos? María, al decir de San Buenaventura, tiene hijos de dos órdenes. Pertenece al primero su unigénito, su Hijo único, según la carne, es decir, el Hombre de Dios. y la otra la forman todos aquellos que son hijos suyos, según el espíritu, ó por adopción. Esta adopción se celebró en el Calvario, al pié de la cruz. Honremos, pues, á la Santísima Virgen María, como á nuestra verdadera Madre, profesándola un tierno y filial cariño: mas cuidando de que nuestra devoción se manifieste en las obras, en positivos efectos. El efecto más propio, dice San Bernardo, es la reforma de costumbres, en fuerza del cuidado que debemos poner en la imitación de las virtudes de que María nos dió grandes ejemplos.

Sacrosanta Virgen, gloriosa Madre de Dios, Madre amorosísima de los hombres: á vuestros piés nos postramos, presentándoos nuestras humildes plegarias. Vos Señora, poseéis un gran ascendiente sobre

vuestro adorable Hijo, nuestro Salvador; empleadlo en hacer que nos envíe abundantes gracias, y copiosas bendiciones. Como Madre de Dios os saludamos, al mismo tiempo que os invocamos como Madre de misericordia, como refugio de pecadores, como salud y consolación de los enfermos. Lejos de que vuestra elevación sea parte para detenernos, y vuestra grandeza para intimidarnos, todavía contribuyen á que nos acerquemos más á Vos, asegurándonos vuestro potente patrocinio. Socorrednos, tierna Madre, en nuestra vida, y en la terrible hora en que ha de empezar para nosotros la eternidad.

DUCLOT.